

RELATO CORTO

TÍTULO

Inventario

TEXTO RELATO

El primer día que entré como supervisora al servicio de farmacia entendí que aquello no iba de medicamentos. Iba de decisiones.

Recuerdo el sonido de la puerta automática cerrándose a mi espalda. El olor a limpio, casi quirúrgico, de los almacenes. Las estanterías ordenadas como si el mundo pudiera clasificarse por principios activos y fechas de caducidad. Pensé que ojalá la vida también funcionara así: lote, fecha, control de calidad.

Pero la vida no se puede inventariar. Se sostiene.

Llevaba años preparándome para ese despacho y, sin embargo, cuando me senté frente al ordenador con mi nombre en la placa sentí la misma inseguridad que el primer día que entré en urgencias como enfermera recién graduada. O quizá más. Porque ahora no solo respondía por mis manos, sino por las manos de todo un equipo.

Había aprendido a cuidar en la cama del paciente, a escuchar en silencio en las habitaciones de hospitalización, a correr en urgencias, a acompañar a padres con miedo en pediatría. Había aprendido a enseñar, a investigar, a escribir artículos donde cada palabra tenía que sostener evidencia. Había defendido una tesis entre turnos interminables y noches de estudio cuando la casa dormía. Había cambiado pañales y preparado presentaciones en la misma madrugada.

Pero aquello era distinto.

La primera semana llegó la crisis.

Un problema de suministro de un fármaco esencial para una unidad pediátrica. Escasez nacional. Llamadas cruzadas. Protocolos alternativos. La presión invisible que no se escribe en ningún manual.

—Necesitamos una respuesta —me dijeron.

Necesitaban una decisión.

Y por un segundo, deseé no ser yo quien tuviera que darla.

Colgué el teléfono y miré el almacén a través del cristal. Pensé en las madres que había conocido años atrás, agarrando la barandilla de una cuna como si pudieran sujetar el

mundo. Pensé en los residentes que esperaban instrucciones claras. Pensé en mi equipo, que buscaba en mi gesto una señal de seguridad.

Ser líder no era saberlo todo. Era sostener cuando nadie quería que se notara el temblor.

Respiré.

No había llegado hasta allí por casualidad. Mi camino no había sido recto ni cómodo. Antes de ser enfermera fui empresaria de números y balances. Aprendí que detrás de cada cifra hay una consecuencia. Después elegí volver a empezar. Estudiar cuando otros ya estaban consolidados. Demostrar —quizá demasiado— que los sueños pueden posponerse, pero no abandonarse.

Recuerdo noches con libros abiertos en la mesa de la cocina y cuatro mochilas preparadas para el día siguiente. Recuerdo la culpa de no llegar a todo y la determinación de no rendirme jamás. Recuerdo pensar que cada examen aprobado era también una promesa cumplida.

Cuando defendí mi tesis sentí que cerraba una etapa. No sabía que en realidad estaba abriendo otra: la de asumir que la profesionalización no es un título colgado en la pared, sino una responsabilidad diaria.

Volví al presente.

Reuní al equipo.

Hablamos de alternativas terapéuticas, de redistribución de stock, de comunicación con las unidades. Escuché más de lo que hablé. Tomé notas. Delegué. Coordiné. Decidí.

Al salir de la reunión, una de las enfermeras se quedó rezagada.

—Gracias por la claridad —me dijo—. Se nota que sabes hacia dónde vamos.

No le dije que también había tenido miedo.

Porque el miedo no desaparece con los másteres ni con los artículos publicados. El miedo se aprende a gestionar. Como el estrés. Como la incertidumbre. Como la vida.

A veces, cuando reviso informes de consumo y estrategias de optimización, me sorprendo sonriendo. Pienso que todo mi recorrido —la gestión empresarial, la clínica, la docencia, la investigación— converge aquí. Nada fue un desvío. Todo era entrenamiento.

Ser supervisora de farmacia no es solo garantizar que un medicamento esté disponible. Es entender que detrás de cada vial hay una historia clínica, un equipo que confía y una familia que espera.

Esa tarde llamé a casa más tarde de lo habitual.

—¿Todo bien, mamá? —escuché al otro lado.

Todo bien.

Pensé en ellos, en su paciencia infinita, en las veces que aceptaron que estudiara mientras jugaban en silencio. En las veces que celebraron mis pequeños logros como si fueran suyos. En ese orgullo sencillo que me sostenía cuando dudaba.

Pensé en mi madre, que vive mis metas como si fueran compartidas. Pensé en mi padre, en cómo me enseñó que la fortaleza no es ruido, sino coherencia. Pensé en mis hermanos, en los que están y en los que no, pero siguen acompañando.

La gestión también es memoria.

Los días siguientes fueron intensos. Ajustamos protocolos. Negociamos con proveedores. Coordinamos con dirección. Informamos con transparencia. No todo salió perfecto. Pero nada se dejó al azar.

Una mañana, al recorrer el servicio antes de empezar la jornada, me detuve frente a las estanterías. Cada caja tenía un código, una trazabilidad, un destino. Pensé que mi vida también había sido una sucesión de lotes: etapas distintas, contextos cambiantes, aprendizajes acumulados.

Si algo había aprendido era que liderar no es imponer. Es generar confianza. Es crear estructura donde hay incertidumbre. Es recordar que la excelencia no es un gesto heroico, sino una suma de decisiones pequeñas tomadas con rigor y humanidad.

A veces me preguntan si el camino ha merecido la pena.

Recuerdo entonces las madrugadas estudiando, las jornadas dobles, los congresos preparados a deshoras, las clases impartidas con ilusión, los artículos corregidos hasta el agotamiento. Recuerdo la sensación de no encajar en una sola etiqueta: clínica, docente, investigadora, gestora. Recuerdo sentir que era demasiado para algunos y no suficiente para otros.

Y sonrío.

Porque hoy sé que no hay trayectorias lineales cuando uno decide crecer. Que profesionalizarse es también cuestionarse. Que gestionar es cuidar desde otro lugar.

Esa semana logramos estabilizar el suministro. No hubo desabastecimiento en la unidad pediátrica. Nadie fuera del hospital supo la tensión que hubo detrás. Y así debía ser.

El liderazgo eficaz no busca aplausos. Busca resultados.

Al final del turno, antes de apagar la luz del despacho, miré la placa con mi nombre. Ya no sentí inseguridad. Sentí responsabilidad. Y una serenidad nueva.

No elegí el camino fácil. Elegí el que me obligaba a ser mejor.

Cerré la puerta sabiendo que al día siguiente habría nuevos retos, nuevas decisiones, nuevos inventarios que cuadrar.

Y comprendí, por fin, que mi vida nunca fue una línea recta, sino una suma de existencias acumuladas: esfuerzo, renunciaciones, aprendizaje, amor.

No se puede inventariar una vida.

Solo sostenerla.

Porque los sueños pueden posponerse.

Pero nunca abandonarse.